

Barreteros



LOS ardientes rayos de un sol de medio día reverberaban contra el blanco grisáceo del alto y áspero peñón. Sobre un saliente que avanzaba hacia el abismo en forma de inmensa cabeza de lagarto, los dos barreteros sudaban, sofocados, perforando trabajosamente el duro corazón de la roca.

El que maniobraba el barreno, sentado y con las piernas muy separadas, era un cholo fornido, de edad indefinible. El otro, que manejaba un mazo de catorce libras, era un muchacho de unos veintidós años, bajito, delgado, de cuerpo recio y musculoso, piel bronceada por el sol y cara alegre, de ojos vivos. Se mantenía en pie, de espaldas al abismo, en equilibrio forzado y peligroso, y a dos manos revoleaba el mazo que iba a caer siempre, con tremenda fuerza, sobre la reducida cabeza del barreno.

Trabajaban los dos en camiseta, con el pecho y los brazos desnudos, y ambos ejecutaban sus respectivos movimientos con monótona regularidad. Un pujido corto, y el mazo, después de trazar un círculo en el aire, brillando al sol, producía un chasquido seco al caer sobre la abollada cabeza del barreno, que emergía de la roca por entre las piernas del cholo y era sostenido a dos manos por éste para impedir que se ladeara. Y entre mazazo y mazazo, el cholo sacaba un poco el barreno, dábale un centésimo de vuelta hacia la derecha y volvía a afirmarlo contra el fondo

del agujero, tranquilamente, sin parpadear siquiera a cada golpe que descargaba el otro, como si una pequeña desviación del mazo no pudiera destrozar sus manos o machacarle una uña.

Sudaban los hombres, y el largo barreno lentamente ibase hundiendo en el peñasco. Con un tarro, y de vez en cuando, el cholo chorreaba en el agujero un poco de agua que bajaba gorgoreando hasta el fondo, a formar allí un barro arenoso con la piedra molida por la acerada punta del barreno, barro pegajoso que glugleaba al levantarse el acero, virar y volver a bajar, después de cada golpe de mazo.

¡Paf! ¡Paf! —chasqueaban los aceros al chocar violentamente.

¡Glug, glug! ¡Glug, glug! —contestaba el barro desde el fondo, como un eco fofo, al moverse el barreno y cambiar de posición su punta chata y afilada.

Y a cada mazazo, a pesar de la gruesa rodaja de bejucos que se ceñía al barreno, sobre la entrada del agujero, el barro acuoso se escapaba en chorrillos violentos que salpicaban de manchas grisáceas las ropas, los brazos, la cara y hasta los sombrerillos de lona de ambos barreteros.

De pronto el cholo exclamó:

—¡Un momento, Cartago, hay que secar el güeco!

Detúvose el mazo en el aire, mientras el cholo extraía del agujero el barreno, de ocho pies de largo, chorreando barro gris.

Imposible ocupar la cucharilla de hierro, que ya no alcanzaba a tocar el fondo. El cholo bajó por el agujero una varilla larga y delgada, recién cortada en la montaña, y golpeó con ella repetidamente el fondo para que se le adhiriese el barro; la sacó de nuevo y, después de escurrirle con la mano el barro que traía, la volvió a introducir. Mientras él repetía la operación hasta dejar el hueco seco, listo para continuar el rudo trabajo, el muchacho enjugábase el sudor con el sucio sombrerillo, y a boca abierta, con fruición, aspiraba grandes bocanadas de aire. Le echó una mirada al cielo y murmuró:

—Ya se está poniendo el agua, compañero.

El cholo respondió con un gruñido de aprobación y disgusto. Desde el oriente avanzaba despacio, amenazante, una masa oscura de revueltos nubarrones.

Al pie del peñón serpenteaba la línea del ferrocarril. Y más abajo, casi contra la roca, se agitaban las espumas del Reventazón, cuyas aguas rumorosas parecían dormir, en la lejana orilla del frente, en el regazo de los montes verdeoscuros. Ya en las cumbres de esos montes la cerrada vegetación agitábase perezosamente al impulso de la brisa, húmeda y tibia, que soplaba ahora acumulando nubes y arrastrando de paso, hacia las oscuras lejanías, el bramido ronco y prolongado de los congos.

A unos doscientos metros del peñón, a la derecha, donde el río formaba un recodo y las peñas disminuían de altura, un grupo de hombres, que desde el alto parecían hormigas, movíase afanosamente construyendo un muro de concreto que impidiera a las aguas minar más la trocha del ferrocarril, ya muy amenazada y angosta en ese sitio. Allí debía estar Croceri, el viejo italiano jefe de aquel trabajo, apurando la gente, gruñéndole injurias entre dientes, sin apearse nunca de la boca su pipa hedionda y requemada.

Y a la izquierda, siguiendo la línea, muy lejos y en un apartadero que parecía meterse entre la selva, divisábase uno de los tres carros amarillos que le servían de campamento a la cuadrilla del italiano.

Ni el cholo ni el Cartago le trabajaban al viejo Croceri, a quien odiaban, como el resto de la gente, por grosero y por tacaño. Los dos pertenecían a la cuadrilla de barreteros de Mr. Bruce, un **gringo** colorado y gordo, muy borracho, pero ducho como pocos en el manejo de la pólvora. Y ambos vivían en el campamento improvisado por el gringo en plena selva, en donde, a fuerza de dinamita, se abría la trocha para un nuevo tranvía.

Ahora estaban allí, taladrando aquella roca, por orden de Mr. Bruce y a solicitud del Jefe General de los trabajos, porque era necesario dinamitar todo lo que los recios aguaceros habían aflojado y los salientes de la roca que pudieran aflojarse en el futuro, para evitar posibles accidentes y nuevas obstrucciones de la línea.

El viejo Croceri era el encargado de suministrarles la pólvora y demás materiales que necesitaban. Y cuatro días hacía que ellos, por contrato, realizaban ese peligroso trabajo.

Ya casi no podía el cholo acomodar las manos en el escaso sector del barreno que aún quedaba fuera de la roca, cuando desprendióse de éste, de su cabeza abollada y agrietada por el constante martilleo, un gajo de acero que al impulso del mazazo cayó clavado en la mano del confiado barretero, causándole una herida profunda y dolorosa. El cholo soltó el barreno lanzando horribles maldiciones y de un recio tirón arrancó de la herida la acerada astilla.

—Ya ves... ¡pa nada sirven estos condenaos callos! —mascullaba luego, furioso, mostrándole al Cartago la palma callosa de su mano, manchada toda de sangre pegajosa.

El muchacho le vendó la herida, y reanudaron la tarea. Ahora tala-draban con un barreno más largo, de quince pies. Imposible utilizar el mazo. Los dos hombres frente a frente, de pie, a cuatro manos y al mismo tiempo, lo alzaban y después de virarlo un poquito dejábanlo caer, pujando.

¡Chau, chau!... ¡Chau, chau! —roncaba el nuevo barreno al subir y bajar entre el barro y el agua del fondo. Y a limpiar el agujero con la vara. Y otro poco de agua. Y vuelta a subir y bajar el barreno.

El sudor corría a chorros empapando las camisetas y los pantalones deshilachados, resbalando hasta los toscos y herrados zapatones. Pero el barro que sacaban ya no era grisáceo, era amarillento: la punta del barreno machacaba ahora en una capa más suave de la roca y el agujero se ahondaba rápidamente.

—Meniémonos, Rosales —aconsejó el muchacho;— horita se nos viene el agua encima—. Y aligeraron el ritmo del trabajo.

Un momento después rugía el aguacero. Los hombres, empapados, sin suspender la labor, vigilaban desconfiados la cima del peñón, desde donde bajaban, zigzagueando por las honduras, numerosos arroyos de agua y barro que podían provocar peligrosos desprendimientos.

Sacaron definitivamente el barreno cuando ya dejaba de llover. Ahora el viento arrastraba las nubes, que se alejaban veloces, y en la altura el azul del cielo comenzaba a asomar por todas partes.

—¡Qué tiro va ser éste! —anunció el muchacho entusiasmado. Y dando una vigorosa patada sobre el inmenso saliente del peñón, agregó: ¡Once pies de güeco son más que suficientes pa convertir en polvo esta maldita roca!

—¿Vos crés? —preguntó el cholo, con cierto retintín de burlona desconfianza.

El muchacho aclaró entonces:

—Pues, jué mister Bruce el que me explicó cómo se hacían estos tiros—. Y luego, preparando la vara: —Hora, mientras yo seco el güeco, vos te alistás media candela con unas dos cuartas de mecha.

Fósforos, tarros de pólvora, candelas de dinamita, mecha, todo lo tenían metido entre un saco ahulado para impedir que se mojara.

El cholo preparó el medio cartucho de dinamita, con su fulminante y su mecha ya **cebada**, y junto con un puro encendido se lo alcanzó al muchacho. Este colocó el explosivo en la entrada del hueco, le dió fuego a la mecha, y rápidamente, con la vara, hizolo bajar hasta el fondo del agujero. Sacó la vara y se alejó unos pasos, con el cholo. Segundos después se oyó la detonación, sorda y apagada, y el agujero vomitó un torbellino de humo ácido y blancuzco. Repitieron la maniobra pero con un cartucho entero, y ni la segunda explosión, más fuerte que la primera, logró estremecer siquiera al monstruo de granito.

—Hora ya se formó una gran bolsa en el fondo —aseguró el muchacho.—Alcanzate los dos tarros de pólvora.

En la cavidad que la dinamita formó en el corazón de la roca, el muchacho fué acomodando, con la ayuda de la vara, la pólvora negra, de granos grandes, duros y brillantes.

—¡Al diablo! ¡Se tragó los dos tarros de pólvora y el güeco no perdió ni un pié de hondura! —gruñó el cholo, sorprendido.

—Los once pies de güeco los taquiamos a pura dinamita — explicó el muchacho.

Y las candelas amarillas y grasientas comenzaron a bajar una tras otra por el ajustado agujero, empujadas con la vara, hasta que la última— la que llevaba el fulminante y la mecha— quedó apenas a unas dos pulgadas de la superficie. Terminaron la operación con tierra bien apisonada, y del profundo agujero sólo quedó, como señal, un pedazo de mecha blanca apuntando al cielo.

*

De pie, con las manos de pantalla, examinaron la línea, a derecha y a izquierda; luego el muchacho encendió el puro de nuevo, dióle largas chupadas y después de soplar la brasa se la arrimó a la mecha.

Mientras corrían peñasco arriba, a refugiarse debajo de un macizo picacho, los dos gritaban a todo pulmón:

—¡Fueegoo! ¡Fueeeegoooo!

En los montes del frente el eco contestó aventando los gritos de alerta hacia las lejanías. Y allá en el bajo, entre las distantes peñas y la curva del río, los hombres del viejo Croceri, igual que hormigas alocadas, se esparcieron en varias direcciones huyendo del peligro y desapareciendo todos al instante como tragados por la tierra.

Un retumbo profundo, potente y prolongado estremeció de pronto el altísimo peñón. Roncaron las piedras en el aire, y entre horribles crujidos el inmenso saliente rocoso se precipitó al abismo. Los dos hombres, cegados por el humo negro y espeso que en revuelta nube se extendía por todas partes, como arañas se apretaban contra la roca, bajo el amparo del picacho, mientras de lo alto bajaban silbando las piedras aflojadas por la terrible explosión. Cuando al fin reinó la calma en la altura, ambos barreteros abandonaron su escondite y con precaución acercáronse un poco.

Ante el humoso e inmenso hoyanco que acababa de abrir la dinamita, el cholo, frotándose la mano enferma, dejó escapar en voz baja un largo ¡demonio! de temerosa admiración.

Caía la tarde y los barreteros no habían terminado su tarea. Nueve huecos más, taladrados casi todos desde el día anterior, esperaban sus respectivas cargas de dinamita en distintos lugares de la peña. Eran tiros de menor importancia y escasa profundidad; apenas si tenían capacidad para cuatro o cinco cartuchos, el que más. Pero muy peligrosos. Habíase terminado la mecha, y el muchacho resolvió ir a pedirle a Croceri un poco más. Se apretó las cuatro vueltas del mecate terroso que le servía de faja e inició el difícil descenso.

Ayudándose con las manos y metiendo de vez en cuando las rodillas, el muchacho se resbalaba rápidamente, peñón abajo, aprovechando los salientes y las honduras y evitando hábilmente el peligro de un resbalonazo. Al poco rato ya estaba en el bajo, contemplando la montaña de escombros que la explosión había hecho caer sobre la línea del ferrocarril.

—Ya la gente del tútíle tiene güena tarea pa mañana —murmuró.

Y se alejó trotando.

*
* *
*

La gente del italiano sudaba afanosa. El muro se alzaba y alargaba rápidamente, y debía quedar terminado antes de que el río volviera a crecer. Surgía como por encanto la armadura de hierro, levantaban y aplomaban las formaletas e inmediatamente se chorreaba el concreto. Todo a la carrera, mientras goteaba el sudor.

Veinte metros más allá, en la lisa plataforma de concreto que extendiase sobre el playón del río, se acumulaba el material y se batía la mezcla. Una montaña de arena, numerosos barriles de cemento, y seis hombres revolcando, a fuerza de pala, un enorme cucurucho de cemento y arena. Y entre el muro y la plataforma, en un constante ir y venir, los carretilleros jadeaban acarreando el concreto en los pesados carretillos de hierro.

Desde un alto, cerca del montón de hojas de zinc que servían para cubrir el cemento en horas de lluvia, el viejo Croceri, sentado sobre un inmenso cajón, fumaba su pipa y vigilaba el trabajo, nervioso. Si el muro quedaba terminado esa semana, la Compañía le daría una gratificación; así se lo habían hecho saber. Era viernes, tal vez con un esfuerzo se podía dejar terminado el trabajo ese día, y ahora el reumatismo lo obligaba a estar allí, sentado. El viejo tascaba la pipa con rabia y a cada momento enderezábase un poco, gruñendo:

—¡Moverse, ma Cristo, moverse! — Y parpadeaba los ojillos grises, ocultos casi bajo la revuelta maraña de sus cejas canosas.

Los hombres, fatigados, deshechos, en voz baja renegaban del viejo, que seguía gruñendo implacable. Corría el sudor a chorros y se aceleraba el ritmo del trabajo en medio de un horrible concierto de ruidos diversos: ronroneo de serruchos, tintinear de cucharas, repiqueteo de martillos; maldiciones, pujidos. Y el constante grito de los albañiles:

—¡Mezclaa! ¡Meeeezclaaa!

El muro se alargaba y crecía como un reto a la furia del río.

*
* *
*

La peonada recibió al muchacho con bromas joviales, que él contestaba riendo. Le gritaron desde la plataforma:

—¡Hey, Cartago! ¿Cuándo pensás dejar de dormir en aquella peña?

—¡Cuando ustedes dejen de sudar pal tútile! —replicó, burlándose.

Desde el alto bajó el gruñido furioso del viejo:

—¿Qué pasa, ma Cristo? Oye, ¿qué pasa?

Interrogaba al muchacho. Este respondió, de mala manera:

—Nada... Que me dé un rollo'e mecha; eso es todo—. Y resuelto, todavía con cierta risita de burla en los labios, subió hasta donde estaba el italiano.

Croceri, a pesar de su rabia y de su reumatismo, muy despacio comenzó a bajar del cajón para entregar lo que el otro pedía. El odiaba a los barreteros; pero éstos le infundían respeto. Era gente salvaje, decía, que todo lo quería arreglar con el filo del machete o con el cartucho de dinamita. Por eso ahora conformábase con gruñir en su idioma, entre dientes, y la cólera encendía aún más su cara rojiza y arrugada, mientras hacía esfuerzos ridículos por ponerse de pie. Su cuerpo huesudo y encorvado parecía crujir a cada movimiento. Al fin pudo abrir el cajón, sacó un rollo de mecha blanca, dióselo al muchacho, y entre pujidos cerró de nuevo y se volvió a sentar.

La mecha estaba mojada y era peligroso hacer uso de ella. El Cartago protestó; él había visto en el cajón un rollo de mecha negra, en mejor estado. El viejo le hizo saber entonces que la Compañía no debía perder un material que los barreteros bien podían usar si lo hacían con precaución y cuidado. Agrióse la discusión. Gritaba el uno y gruñía el otro. Pero el vejete se empeñó en no cambiar la mecha, y el muchacho, comprendiendo que con Croceri, por viejo, no podía hacer uso de sus puños, resolvió no perder más tiempo y se alejó furioso, echando maldiciones. Ya de lejos gritó, como un desquite:

—¡Hey, muchaaachos! ¡Engrasen esa güesera que se está herrumbrando sobre el caaajóoon!

Y alcanzó a oír, mientras echaba a correr de nuevo hacia la peña, los rabiosos gruñidos del viejo y un rumor de risas ahogadas.

El cholo se enfureció también cuando vió la mecha y casi ni oyó las explicaciones del muchacho. Comenzó a gritar, gesticulando como un endemoniado:

—¡Viejo desgraciao, tútile infeliz! Lo que quiere es que nos mate-mos, ¿sabés? ¡Claro, como a nosotros no nos puede robar como a los idiotas que tiene allí...! — Señaló con un rápido ademán el grupo lejano y agregó después, cerrando los puños y dirigiéndose de nuevo al muchacho:—¿Acaso la mecha es de él? ¿Y decís que había otro rollo en el cajón? ¿Por qué no se lo quitastes y le metiste éste en el hocico? ¿Por qué no le retorcaste el pescuezo? ¡Ah, si hubiera sido yo, le hubiera hecho así...! —E hizo una mueca horrible, porque al apretarse el gáznate con sus dedos de hierro se lastimó la herida reciente, que comenzó a sangrar otra vez.

—Pero, si es un viejo, Rosales... Es un viejo —repetía el muchacho, disculpándose.

—¡Qué viejo ni qué nada! ¡O me da el otro rollo, o lo cuelgo yo con éste! — Y el cholo, posiblemente exasperado por el dolor de la herida, cogió la mecha mojada y se dispuso a bajar.

El muchacho sabía que Rosales, enfurecido, era capaz de cualquier barbaridad y se le interpuso, tratando de aplacarlo con razones. Sí, el viejo merecía que lo colgaran; era un ladrón y le daba un trato de perros a los peones. Y era un peligro usar esa mecha, claro. Pero había que evitar un lío: la Autoridad estaría de parte del viejo, y ellos perderían, además, el trabajo. Por otra parte, ya era muy tarde. ¿Por qué no intentar hacer los tiros? Tal vez la mecha no estaba inutilizada del todo.

El cholo sometióse al fin, refunfuñando. Como ya él tenía casi preparados los tiros, fué obra de minutos dejar las nueve cargas listas, con las mechas calculadas de manera que tuvieran tiempo de darle fuego a todas entre los dos.

—¿No ves, Cartago? —dijo el cholo mientras encendía su puro, y señalando con la trompa a la peonada que todavía se movía en la curva del río:—Seguro que hoy los va a obligar el viejo a trabajar hasta que anochezca. ¡Y apuesto a que el bandido no les reconoce ni un cinco por las horas extras!

Encendieron todas las mechas, entre los dos, corriendo peligrosamente de una carga a otra, y luego cogieron peña arriba, en busca de un sitio seguro, prendiéndose con uñas y dientes de todo lo que les pudiese servir de sostén. Diéron la voz de alarma, y un momento después tronó la dinamita:

¡Booon! ¡Booon! ¡Booon!

Los pedazos de roca, lanzados en todas direcciones, producían un rumor sordo al chocar contra la peña y rodar luego hacia el bajo. El eco de las tres explosiones se alejó por los montes y desde allá contestaron los congos en un coro de bramidos potentes. Y después, silencio.

El cholo abandonó su abrigo, exclamando:

—¿Te fijás, vos? ¡Sólo tres tiros sirvieron, maldita sea!

—¡Cuidao, Rosales!—gritó el muchacho desde su escondite, al ver que el cholo se disponía a realizar una inspección temeraria.—¡Cuidao, que el fuego se puede haber quedao dormido, y de un momento a...!

Lo interrumpió una violenta explosión. El cholo dió un salto y se ocultó de nuevo. Otra lluvia de piedras. Y otra vez contestaron los congos roncando a lo lejos.

Después de un minuto, que para ambos fué un siglo de impaciente espera, el cholo volvió a protestar a gritos:

—¡Idiay, carajo!, ¿aquí nos vamos a quedar? ¡Aunque me mate esa mecha del diablo yo voy'ir a ver qué es la cosa! — Y resueltamente se resbaló hacia los tiros rebeldes.

El muchacho lo siguió, desconfiado.

En una mecha el fuego sólo había bajado una pulgada; en otras, tres o cuatro. Las recortaron y prepararon de nuevo. Ahora sí era peligroso de verdad dar fuego a esas mechas, pues algunas resultaban después del arreglo demasiado cortas. El muchacho estaba nervioso.

—Yo creo —dijo,— que debíamos dejar estos tiros pa mañana. Tal vez mister Bruce nos dé un poco'e mecha, ¿no crés? — Y trataba de ocultar su temor y de aparentar tranquilidad.

—¿A estas horas me salís con esos cuentos? —replicó el cholo, entre hostil y burlón.—Eso lo debiste haber visto antes. ¿Por qué no me dejaste ir a quitarle la mecha al viejo? Hora ya es muy tarde y no vamos

a perder el trabajo hecho... ¿O es que tenés miedo? Si es eso, yo doy fuego solo—. Y sopló con violencia la brasa del puro, esparciendo en el aire la ceniza oscura y un reguero de chispas.

El muchacho mordióse los labios. Sin decir palabra le arrimó su puro a la primera mecha, y segundos después cinco chorrillos de fuego chispeaban en la roca.

—¡Fueeeegoo! ¡Fueeeegoo!

Y los dos hombres ascendían desesperados por la peña, como lagartijas asustadas, rompiéndose las manos y las ropas en el filo de las piedras, escapando a duras penas de rodar al abismo arrastrados por los desprendimientos que ellos mismos provocaban. La pólvora no les dió tiempo de alejarse mucho, ni de encontrar un refugio apropiado. La primera explosión los sorprendió resbalando desesperadamente sobre una peña lisa, y allí se quedaron, inmóviles, aplastándose contra la piedra, en un inconsciente afán de incrustarse en ella. Multitud de pedazos de roca rebotaron muy cerca y sus violentos chasquidos dejaron sin aliento al muchacho. Un corto intervalo, y una nueva explosión estremeció la peña. Ambos hombres lleváronse las manos a la cabeza instintivamente, y sobre ellos, bajando de lo alto, pasó una avalancha de tierra y menudos guijarros. Desde las honduras llegaba el sordo rumor de los grandes peñascos en su furioso rodar hacia el bajo. Luego, un silencio profundo.

Los dos barreteros continuaban tendidos, como muertos, en su obligado e incómodo esperar, conteniendo el aliento y sin atreverse a mover ni un dedo siquiera.

El cholo no pudo contenerse más y púsose de pie, temblequeando sobre la roca, en la que resbalaban peligrosamente sus herrados zapatonos.

—¡Ya está! —gritó malhumorado, dirigiéndose a su compañero que continuaba inmóvil.—¡Levantate, con todos los diablos! — Y mientras el otro se medio enderezaba, agregó bufando:

—¡Ahí tenés! ¿Eso era lo que querías vos, verdá? ¡Esa mecha nos va seguir jodiendo y aquí nos va a coger la noche, ¡carajo!... ¿Vas'ir conmigo, o no?

—¡Cuidao, Rosales, cuidao con una desgracia! —respondió el muchacho, angustiado por el loco atrevimiento de su compañero.

—¡Hora no te andés con flojeras, **pendejo!** —vociferó el cholo. Y comenzó a bajar, haciendo equilibrios atrevidos, por un filo de la peña.

El muchacho se irguió, dispuesto a demostrar que él también tenía coraje de hombre, pero una terrible explosión que se produjo en ese instante, muy cerca del cholo, lo hizo caer de bruces helándole la sangre. Con los ojos cerrados, haciéndose un puño, oyó el ronquido de las piedras y el crujiente chocar de los grandes gajos de roca. Algo golpeó en su zapato, y él apretó más los ojos, recogiendo el pie. Poco a poco se apagaron los ruidos y volvió el silencio a reinar en la altura.

*
* *
.

Abrió los ojos y se atrevió a sentarse.

Receloso, temiendo otra sorpresa, atisbó hacia las rocas cercanas, esperando oír de un momento a otro las maldiciones del cholo.

—¡Rosales! —susurró, quedito, con el absurdo temor de que su voz pudiera despertar la furia de la dinamita que todavía dormía en el corazón de la peña.

El cholo no asomó por ninguna parte. El muchacho púsose en pie, espantado por la sospecha que acababa de morder en su cerebro.

—¡Rosaaalees!

Su grito nervioso, quebrado por la angustia, se perdió en el vacío.

Ahora recordaba al cholo haciendo equilibrios por el filo de la peña, allá abajo, en el instante mismo en que rugía la dinamita. Un frío punzante se le clavó en el pecho.

—¡Rosaaaleees; ¡¡Roosaaaaleees...!!

Sólo el eco respondía a lo lejos, como una burla a sus gritos de angustia.

En cuatro saltos llegó al lugar en donde viera al cholo por última vez y se asomó al abismo. Lo alcanzó a ver unos treinta metros más abajo, en una posición absurda, prensado entre dos rocas que habían impedido que siguiera rebotando hasta la línea del ferrocarril. Un poco más lejos, entre una grieta, blanqueaba su sombrero de loña.

Se quedó frío. Después, perdiendo el control de sus nervios, se volvió hacia la lejana curva del río, hacia la cuadrilla del viejo Croceri que

ya casi no se divisaba entre la oscurana del anochecer, y enronqueció gritando en desesperada demanda de auxilio. Le pareció que otros gritos, apagados, contestaban los suyos, y haciendo un esfuerzo por dominar el pánico y el temblor que agitaba su cuerpo comenzó a resbalarse, peña abajo.

Al fin pudo despegar el cuerpo descoyuntado de su compañero y con mil dificultades, jugándose la vida, logró arrastrarlo hasta un sitio más seguro. El cholo se había desnucado en la caída; su melena cerdosa estaba empapada en sangre, que se iba extendiendo en una mancha oscura sobre la áspera superficie de la roca. Jadeando por el esfuerzo hecho, bañado en sudor helado, el muchacho se sentó a la par del muerto y ocultó la cara entre sus manos, desesperado.

Parecíale un sueño lo ocurrido. Ahora Rosales estaba muerto, y él sentía ganas de llorar. No es que lo quisiera mucho, no; nunca habían sido muy amigos, ni se tuvieron mucha simpatía. Pero era un compañero. ¿Por qué había aceptado él esa mecha mojada? ¿Por qué no le quitó la otra al viejo Croceri? Y el muchacho considerábase más culpable aún, por no haberle permitido al cholo ir a devolver la mecha deteriorada.

Desde el bajo llegaba el rumor profundo del río. En los montes oscuros el ronco bramar de los congos anunciaba la tormenta que ya se sentía llegar:

¡Aooóuuu... aooóuuuu... uuuuuú!

*

Gritaron unos hombres que presurosos ascendían por la peña. El muchacho se puso en pie, atontado, y les gritó también.

—¡Ah, ¿sos vos, Cartago? —exclamó uno de los hombres, con un dejo de alivio.— ¿Y el Cholo?

—¡Aquí está! —respondió el muchacho, con un escalofrío que le crispó los nervios.

Eran cuatro peones de Croceri, que llegaban jadeando. Se quedaron mudos al ver el cuerpo tendido, boca arriba. Y cuando al fin uno de ellos se atrevió a hablar, hizolo en voz baja, mientras se estrujaba la barba y movía la cabeza acongojado:

—¡Qué vaina, Cartago... qué vaina! —musitó. Y acercóse despacio

y se agachó sobre el caído, murmurando: — ¡Carambas, si se esnucó'e viaje... el pobre!

—¿Y cómo jué eso, hombré? —preguntó otro.

El muchacho gruñó hosco, apretando los puños:

—¡La mecha, hombré... la mecha mojada!... ¡Ese viejo cabrón...!

—¿Lo ven? —exclamó entonces un tercero. Y dirigiéndose al muchacho: —Yo le dije a éstos: “Algo feo le está pasando a aquéllos, allá'arriba. ¡Oigan que jueguiada más rara! Como no vaya a ser lo de la mecha...” Y en cuanto oímos los gritos nos dejamos venir, a la carrera, sin hacerle caso al viejo, que se puso furioso.

—¿Y la otra gente? —inquirió el muchacho, sombrío, deseando no tener que encontrarse ahora frente a frente con el viejo Croceri.

—Se quedaron allá, terminando a tientas la última **chorriada**. El viejo está muy apurao y como que le tiene miedo al río.

Entre todos bajaron el cuerpo hasta la línea y lo acostaron sobre la trocha, para descansar un rato.

—Lo mejor será arrimarlo hasta la orilla'e la montaña, pa cortar allí unas varas —dijo el muchacho. E inquirió, suplicante: — 'Ustedes me van'ayudar a llevarlo al campamento, ¿verdá?

—Por supuesto, Cartago. Eso ni se pregunta, hombré.

Uno de los peones se ofreció para ir a traer una lámpara a los carros-campamento, pues la montaña era oscura, caía la noche y la tormenta estaba ya por desatarse; así lo anunciaban el mugir del trueno y el constante relampaguear del cielo. Mientras los demás cargaban con el cuerpo, el hombre echó a correr por la media línea, hacia los carros.

Ya en la orilla de la montaña, cortaron unas varas y un poco de bejucos y rápidamente, entre los cuatro, improvisaron una extraña camilla sobre la que tendieron el cuerpo.

Mientras esperaban se descolgó rugiendo el aguacero. Crujían los árboles inmensos azotados por el vendaval que descuajaba en la selva las ramazones podridas, entre el aullar de los congos y el retumbo del trueno.

—Mala suerte tiene este hombre —gruñó uno de los peones estremeciéndose y señalando al muerto, que apenas si se distinguía entre la oscuridad.

—Ujum... Ya este es el Diluvio...

REGRESO el hombre con la lámpara. Los otros cuatro se echaron auestas la pesada carga y el grupo se internó en la selva, por la picada.

Desde lo alto, de las ramazones cerradas, descolgábase el agua en gruesos chorros convirtiendo el terreno, poco a poco, en un interminable mar de fango pegajoso, en el que se hundían los hombres hasta la media pierna y gluglueaban los grandes zapatones.

El grupo avanzaba despacio, silencioso. Adelante, el de la lámpara medio alumbrando el camino; detrás los otros cuatro apiñados, con la carga, bamboleándose a cada tropezón o resbalonazo.

La picada estaba sembrada de raíces y palos caídos que no se veían entre el barro.

—Seguro que ya se han llenao los **criques** —advirtió el de la lámpara.

De atrás respondieron:

—Cuidao, Benito, pelá el ojo...

El cholo pesaba y las varas maltrataban el hombro a cada balanceo. Sólo el muchacho, que alzaba en una de las puntas delanteras, parecía insensible al cansancio, al barro y al agua; caminaba rumiando las escenas del día.

—¡Upa, cuidao! —gritó de pronto el de la lámpara, al mismo tiempo que daba un trapiés y caía de espaldas en el barro, casi al borde de una hondonada.

Los de atrás quedaron momentáneamente a oscuras y uno de ellos tropezó, arrastrando a los demás en la caída; el muchacho y uno de los peones rodaron a la hondonada y desde el fondo comenzaron a gruñir pidiendo luz, mientras braceaban entre el fango. Los otros renegaban en el alto, entre dientes.

Acudió el de la lámpara a alumbrarles.

—¿Y el Cholo? —preguntó, no viendo al muerto por ninguna parte.

Las varas y bejucos, en un montón, quedaron al borde de la hondonada; el muerto había rodado hasta el fondo y allí estaba de bruces, con la cabeza sumida entre el barro. Lo sacaron y pusieron otra vez sobre las varas, después de medio arreglarlas.

—Ya está tieso —apuntó el Benito acercándole la lámpara.

Lo que tenían en las varas, más que un cuerpo humano, era una negra pelota de barro.

—Está torció el hombre, está torció, no hay caso...

—Ujum...

Cargaron de nuevo y volvieron a chapalear entre el agua y el barro de la picada.



Arreciaba el aguacero. La rayería clareaba de un amarillento pálido la negrura de la selva a cada instante. Los hombres avanzaban jadeando, encorvados por la carga y la fatiga. Llegaron a un crique crecido y no pudieron encontrar el puentecillo de astillones; había desaparecido bajo el agua. El de la lámpara cruzó el cauce primero, con el agua al pecho, para sondear el paso; después se echó el grupo, bamboleándose.

—Ya estamos cerquita —gruñó el muchacho, al salir al otro lado.

El Benito comenzó a gritar, anunciando la llegada. No muy lejos contestaron varios gritos y el aullido de un perro.

Salieron al limpio en que se alzaba el campamento de Mr. Bruce. A la orilla de un ranchón abierto, de techo pajizo y aleros que llegaban

hasta muy cerca del suelo, varios hombres agrupados, en camiseta y calzoncillos unos y envueltos en sábanas otros, hacían esfuerzos por distinguir a los que se acercaban. Uno de ellos mantenía una lámpara en alto, alumbrando.

—¡Hola!, ¿sos vos, Rosales? ¿Qué pasa? —gritaron desde el campamento.

—¡Una desgracia! —contestó el Benito. Y alzó la lámpara agitándola despacio, como para que se pudiera ver lo que venían cargando.

Entraron al rancho en medio de la silenciosa expectación del grupo y pusieron la carga en el suelo, entre las dos largas filas de altos y toscos camones, de varillas y hojas secas, entoldados todos. Se encendieron otras lámparas. Se agitaban los toldos mientras asomaban nuevas caras, asueñadas, despabilándose.

—¿Qué es lo que pasa, ah?

—Se esnucó Rosales.

—¡No jodás, hombré!, ¿de veras?

—Ujum...

Y aumentaba el número de hombres semidesnudos, descalzos o en chancletas viejas, restregándose los ojos; en los rostros, en los brazos y en las escasas ropas de todos ellos blanqueaba, seco ya, el barro grisáceo de las rocas. Cuchicheaban en círculo, examinando el muerto.

El cholo parecía hacerles muecas, con la boca abierta y llena casi de una agua barrosa; rígido ya, su oscuro pellejo azuleaba lavado por la lluvia.

*

Eran hombres fogueados, endurecidos por el constante bregar con las peñas; todos habían visto la muerte de cerca y día a día se jugaban la vida. En el oficio, esas desgracias eran algo natural y corriente. Y el Cholo no había gozado en vida de muchas simpatías entre sus compañeros; era un hombre de carácter violento, que siempre, cuando se emborrachaba, provocaba riñas y escándalos en el mismo campamento. No era cosa de hacer grandes aspavientos. Pero los barreteros no dejaron de impresionarse y en voz baja comentaban la tragedia.

—Hombré, ¿tenía familia Rosales? ¿Qué decís vos, Pajarón? Es que él decía que era'e Puntarenas.

El interpelado era también puntarenense. Muy alto, huesudo, con los hombros sumidos y una nariz larga y ganchuda. Con voz que sonaba a hueco, respondió:

—Pues, que yo conociera, no. Un día de estos me habló de que su vieja estaba en Chomes*, y como que pensaba juntar una plata pa ir a darle una güelta... Entiendo que le había llegao una carta...

Interrumpiólo una tos seca y necia, que lo hacía estremecerse y arrugar la cara como si algo se le estuviera rompiendo allá adentro.

—Hum... A Pajarón no va'tener necesidá'e matarlo la dinamita —comentó uno entre el grupo, en voz baja.

Las palabras de Pajarón le dejaron al muchacho una sensación de angustia, punzante.

—Voy'ir a darle la noticia a mister Bruce —dijo. Y descolgó la lámpara, disponiéndose a salir.

—Idiay, Cartago, no nos ha contaó cómo jué que sucedió la cosa.

Le hablaba un viejo de ademanes reposados, barba enmarañada y frente partida al sesgo por una profunda cicatriz.

Ahora todos los ojos estaban clavados en el muchacho. Este se volvió hacia el grupo, arrugando el entrecejo. Le disgustaba tener que referir lo ocurrido y resumió la tragedia en cuatro frases hoscas. El grupo de barreteros se desató en injurias contra el viejo Croceri, y el Benito y sus tres compañeros aprovecharon la oportunidad para soltar la lengua, ampliando el relato del muchacho.

Este se detuvo un instante a la orilla del campamento y alcanzó a oír a uno de los peones de Croceri:

—... le dije a éstos: "Algo feo le está pasando, a aquéllos, allá arriba..."
Afuera aullaba el vendaval.

*

* *

En la cocina ladraba el perro de la Moncha. Era un amplio galerón construído con varas, bejucos y palma. Detrás estaba el dormitorio de

Mr. Bruce, sobre basas altas, cerrado con maderas burdas y techado con zinc. El muchacho trepó por la improvisada escalera y golpeó con fuerza la puerta. Respondió un ronquido profundo y después una voz soñolienta de mujer:

—¿Quién es?... ¿Qué es la cosa?

—Soy yo... Cartago. Quiero hablar con mister Bruce.

—Hora no voy a despertar al hombre, ¿qué ocurrencia!

—¡Háblele, Monchita! —rogó el muchacho con impaciencia.—Es que se esnucó Rosales y acabo'e llegar con él...

Traqueó el catre violentamente y un momento después la Moncha, descalza y en camisón, con el pelo en desorden, abrió la puerta.

—¿Qué es lo que decís, muchacho? ¿Estás borracho? — Y se restregaba los ojos lagañosos.

Era una mujerona entrada en años, de gordura casi repugnante y cara achatada, inexpresiva. Cocinaba para toda la peonada y le servía de mujer al gringo. Entre los barreteros asegurábase que tenía enredos con Rosales y que aprovechaba las constantes borracheras del viejo para irse a revolcar con el cholo al monte. Algo de eso había, porque Rosales gozó siempre de privilegios en la cocina.

—No, Monchita, no es cuestión de guaro —dijo el muchacho. Y rápidamente le explicó lo ocurrido.

La mujer hacía muecas y gestos grotescos, de espanto. Luego corrió al catre, alzó el toldo y comenzó a sacudir violentamente al gringo, que roncaba con estrépito.

—¡Se mató Rosales, Jenry! ¡Dispiértese! —gritaba la mujer.

El viejo gruñó, dió un manotazo torpe, volvióse para el otro lado y continuó roncando.

—¡Está borracho, Cartago! —exclamó la mujer, desesperada, acercándose al muchacho que alumbraba desde la puerta. Y a pesar de sus esfuerzos, los sollozos estremecían su cuerpo deforme, medio cubierto apenas por el desaliñado camisón que casi le dejaba al aire las tetas enormes y flojas.

—Pues, hora no lo dispierta ni Dios —dijo él, y se dispuso a regresar.

La mujer resolvió ir también al campamento; se metió las chancletas, púsose un sombrero grande, de paja, y descolgó del tabique el capote del viejo. Ya bajaba la escalera cuando el muchacho se acordó de los cua-

tro peones de Croceri.

—¿No tiene un traguito por ahí? —preguntó, deteniéndose.—Es que quiero invitar a los que me ayudaron a cargar a Rosales, pa que se calienten.

El también tenía frío, y castañeteaba los dientes.

Si había licor. El macho traía el ron por galones, para su gasto personal y para venderle a la peonada. La mujer sacó una botella y echó a andar detrás del muchacho.

A la luz de la lámpara se veía avanzar, viniendo del monte cercano, una mancha nerviosa que arrastraba palos y hojas secas.

—¡Dios mío! —gimió la mujer.— ¡Güelva la llena otra vez!

—Ujum... El crique se creció y se está botando ajuera.



El campamento comenzaba a inundarse; por debajo de los camones avanzaba el agua en chorrillos zigzagueantes que cruzaban el suelo de extraños dibujos. Los hombres conversaban ahora acurrucados a la orilla de los camones, por fuera de los toldos, envueltos en sus cobijas, fumando.

La mujer saludó desde la entrada, con voz bastante firme y segura; el viento y la lluvia la habían serenado.

—Güenas noches, muchachos.

—Güenas noches, Monchita.

El viejo de la cicatriz, sin despegar los labios, le señaló un toldo, a su izquierda. Mientras la mujer atravesaba el rancho chapaleando en los charcos que ya se formaban, los hombres, volviéndose a ver, cambiaron miradas de inteligencia.

El muchacho se dirigió hacia el Benito y sus tres compañeros que, apiñados sobre el camón, tiritaban de frío.

—¿Van a dormir aquí? —les preguntó.— Sería lo mejor, ¿no crén?

—No, no, —replicó uno de ellos.— Tenemos que irnos; mañana hay que trabajar.

—¿Con esta noche? ¡Hum!... En fin, por lo menos caliéntensen las tripas—. Y les alargó la botella.

Bebieron los hombres dejando apenas el trago del muchacho. Este se tragó el ron corcor, deseando embrutecerse para poder dormir.

—¡Ya hora es distinta la cosa, viejitos! —exclamó el Benito entre carraspeos.— ¡Al viaje, al viaje, porque se nos hace tarde y el camino es largo!

Encendieron la lámpara, despidiéronse de todos, y el grupo, con el Benito a la cabeza, se perdió entre la negrura de la picada.

*
* *
*

El muchacho sentíase nervioso, cansado, sin deseos de conversar. Se quitó la ropa, la retorció bien y la tendió en un bejuco y, después de dejar los zapatones escurriéndose sobre unas varas, se metió entre el toldo y arrollóse en la cobija. Desde allí, levantando una punta del mosquitero, púsose a contemplar la escena.

Todo parecía navegar ahora en la corriente, que seguía ascendiendo poco a poco. El viento agitaba los toldos y hacía parpadear la luz de las lámparas. La Moncha, sentada en el camión del cholo, con la mano, muy despacio, alisaba el pelo cerdoso del muerto. Sollozaba de nuevo. Los hombres guardaban silencio respetando el dolor de la vieja.

—¿No le van a cambiar la ropa? El tiene allí una mudada nueva —dijo la mujer, tragándose las lágrimas.

—¿Y eso pa qué? —inquirió el Pajarón, extrañado.

La mujer se levantó y dió algunos pasos que agitaron la superficie del agua. Ya no lloraba, pero parecía muy abatida. Hablaba en voz baja, sin dirigirse a nadie, titubeando, como si le costara mucho explicar lo que sentía:

—Pues... no sé... Es que así, tan roto y tan mojado, ¿verdad? —Vaciló un poco y agregó en voz alta y ya hablando con todos:—Es que está bien

que vivamos en la montaña, como animales... Pero, hombre, si uno se muere y si hay posibles, pues ¡que por lo menos lo entierren mudao! ¿No crén?

Alguien comentó, desde el interior de un toldo:

—A mí eso no me dá ni frío ni calor. ¡Que me entierren **chingo**, si les dá la gana! Lo que yo desiarda es poder salir de aquí... Pero, así que uno se muere, ¿qué? Entonces ya dá lo mismo punta que pico. ¿No es cierto, compañeros?

—¡Ujum!

La mujer caminó hacia la salida, despacio, haciendo burbujear el agua y murmurando resignada:

—Tal vez tengan razón... Con este tiempo... El pobre...

Ya casi al salir se volvió y dijo, como una súplica a los cuatro o cinco que todavía se mantenían fuera de los toldos:

—Algunos van a velar, ¿verdá? Pueden venir por un trago—. Y se esfumó en las sombras.

El Pajarón estiró una de sus canillas, tocó el agua con la punta del dedo gordo y la volvió a encoger, estremeciéndose.

—¡Hum! —gruñó, frotándose las manos.— ¡Está fría el agua, carajo!... Pero hace falta un trago esta noche. Yo voy'ir por él.

Se ensartó los zapatones y se tiró al agua. Con un saco de gangoche a la espalda y a grandes zancadas, tosiendo, salió a dar alcance a la mujer.

—Caray, de veras la Moncha estaba pegada del hombre. ¿Verdá, cabo Chon?

—Vainas, hombre, vainas de mujeres. Dentro de ocho días ya anda enredada con otro... ¡No me **jodan!**

El muchacho no se podía dormir a pesar de la ayuda del ron y a cada instante cambiaba de posición removiéndose entre las varas del camastro. El dolor de la Moncha le pesaba sobre el pecho como una piedra inmensa.

Afuera casi se había aplacado el viento y rugía menos el trueno; sólo la furia del agua no cedía y la lluvia continuaba golpeando tercamente en el techo.

El Pajarón regresó con el ron. El muchacho oyó la tos seca y el chapoteo de sus pasos. Los hombres bebieron, gruñendo de satisfacción. Después habló el viejo de la cicatriz:

—Alcáncele la botella al Cartago, Pajarón. Tal vez el pobre esté desiendo entonarse los nervios.

El muchacho se echó un trago largo y devolvió la botella.

—Parece que al Cartago lo asustó la Pelona, que hoy le anduvo cerca —dijo el Pajarón.

—Es que todavía no se le ha engruesao el cuero. Ya echará pellejo con el tiempo... si acaso no lo espanzurra la dinamita un día'e tantos...

Y las tragedias comenzaron a desfilar, en la conversación. El tuerto Oquende, caído en el cerro San Antonio; el negro Anselmo, aplastado en Las Lomas; Liborio, en el Tajo de Piuta. Y de allí pasaron, en alas del ron y de los recuerdos, a las minas de Abangares. Hombres descabezados hombres, despanzurados, hombres aplastados y triturados en el corazón de las rocas.

Desde la selva llegaba el bramido de los congos:

¡Aooúuuu... aóúuuuu... uuuuuú!

*

El muchacho revolviase entre el toldo, inquieto, sin poder conciliar el sueño; volvió a levantar la punta del mosquitero para fisgonear. Ahora quedaban sólo tres, conversando. El viejo, mascándose el cabo del puro, estaba terminando de contar la historia de su cicatriz. Los otros dos cabeceaban.

—... jué al hospital y se curó en dos meses. Yo, como les decía, desconté mis dos años de cárcel y me volví a **La Línia**. Ya parecía arreglao el asunto, ¿verdá? Pues, no...: Un día estoy yo en la cantina del chino, en Lomas, un poco pasao'e tragos y muy orondo, cuando de un momento a otro se aparece mi hombre. Y no jué cuento: ¡es que no supe ni a qué horas me encajó el machete! — Y el viejo pasábale la mano por la profunda y larga cicatriz. Después sentenció, muy convencido:

—Yo saqué mi experiencia, amigos: cuando en mal'hora hay que

arrimarle el filo a alguno, ¡que sea de viaje, muchachos, que sea de viaje! Es que es mejor echarse un muerto a cuestras, que dejar un enemigo a la espalda... ¡palabra!

Habiase terminado el licor. El Pajarón comenzó a toser desesperadamente y apenas la tos le daba un respiro prorrumplía en maldiciones.

—Te está haciendo daño el frío de la madrugada, hombré. Lo mejor es recogernos un rato.

Apagaron la lámpara y se acostaron. Ya entre el toldo, gruñó el viejo:

—¿Oigan...? Se está creciendo el río.

Hasta el rancho llegaba, de cuando en cuando, el lejano retumbo del Reventazón.

Amodorrado por el ron, el muchacho seguía obsesionado por la muerte del cholo, sin poder dormirse del todo. Rumiaba las palabras del Pajarón: **“Rosales quería ir a Chomes, a darle una vuelta a su vieja... Estaba ajustando la plata...”** ¿Pensaría hacerlo con lo que iba a ganar en el contrato? Tal vez. Y seguramente para eso era la ropa nueva, que ahora la Moncha quería que le pusieran para su entierro.

Se revolvía en el camón, angustiado. Sin saber por qué, inconscientemente, comenzó a darle vueltas en su cerebro a las últimas palabras del viejo de la cicatriz: **“Se está creciendo el río”**. Puso atención, y alcanzó a oír el lejano mugido de las aguas. De pronto se sentó, inquieto.

Soplaba un vientecillo frío, cortante. Afuera, entre las sombras, croabas las ranas.

Púsose la ropa mojada y se metió los zapatones; rayó un fósforo para buscar el sombrero y el machete que no encontraba en la oscuridad, y después se dejó caer al agua. Cuando estiraba la mano para alcanzar una de las lámparas, le habló el viejo de la cicatriz, sacando la cabeza fuera del toldo:

—¿Pa ónde va, Cartago?

—A terminar la jueguiada —contestó secamente el muchacho, sorprendido y temiendo la curiosidad del viejo.

—¿Tan temprano? Hum... —Y en la voz del viejo, roncando en lo oscuro, había un dejo de maliciosa extrañeza.

—Es que, de todas maneras, no puedo dormir... ¿Qué hora es?

—A lo más, las dos y media. Yo acababa'e pegar los ojos... ¿No va'ayudar a enterrar al hombre?

El muchacho vaciló un poco y mientras encendía la lámpara dijo, entre dientes y sin alzar la vista:

—Pues... ¿verdá?... Bueno... es que el trabajo precisa.

Le echó una rápida mirada al toldo del cholo y salió arrastrando sus pasos entre el agua que ya le llegaba a las rodillas. El viejo se rascó la barba y volvió a meter la cabeza entre el toldo, gruñendo:

—Hum, no hay caso. Pa estas cosas hay que tener el cuero duro... ¡Pobre muchacho!

*

* *

Todavía dejábase sentir una lluvia menuda y perezosa. En el silencio del campo inundado se alcanzaba a oír el apagado chapotear del agua y, llegando de los criques cercanos, el monótono croar de las ranas. Más lejos, rodeándolo todo, la montaña envuelta en espesas sombras dormía silenciosa.

El muchacho dirigiase a la habitación de Mr. Bruce y se extrañó de ver luz en la cocina. Allí estaba la Moncha, arrimada al toco y enorme fogón sobre el que brillaban unas latas y se adivinaban ollas, cazuelas y otros trastos menudos, removiendo una montaña de ceniza y tizones apagados. La oscilante luz de la lámpara que alumbraba colgando de una horqueta, esparcía extraños reflejos y sombras sobre el temblor de las aguas. En la mesa inmensa, de astilones groseros, brillaban también una media botella no del todo vacía y un vaso labrado.

El agua llegaba casi a la altura de las bancas —varas amarradas con bejucos y sostenidas por cuatro horquetas clavadas en el suelo— que se alzaban a ambos lados de la mesa, y sobre una de ellas, hecho un ovillo, dormitaba el perro de la vieja. El animal alzó la cabeza y gruñó desconfiado al aproximarse el muchacho. Este saludó mientras ponía su lámpara en la mesa. La vieja, que pareció sorprenderse de ver al muchacho allí, a esas horas, rezongó:

—¡Caray! Vos no has pegao los ojos, ¿verdá? ¿Qué andás buscando? Estaba ronca y su hablar era lento y tartamudeante; su cara chata, iluminada ahora de lleno por la luz de la lámpara, aparecía más pálida, más marchita e inexpresiva que nunca; sus ojos saltones estaban inyectados en sangre.

—Pasó la noche bebiendo —se dijo el muchacho. Y explicó en voz alta, contestándole a la mujer:

—Es que quiero ir'hacer los tiros que se nos quedaron ayer. Tal vez, meniándome un poco, pueda volver a tiempo pa ayudarle a los muchachos...

Mientras hablaba le echó una mirada rápida a la botella y al vaso y olfateó con disimulo el penetrante olor a ron que despedían. Terminó preguntando:

—¿Ya mister Bruce supo la cosa?

La mujer, que habíase vuelto a inclinar sobre el fogón, simulando que acomodaba entre los tinamastes unas astillas para encender el fuego, se enderezó bruscamente, alterada, refunfuñando:

—¿Ese? — Señalaba con gesto violento hacia el cuarto del gringo:— Hace poco se despertó, y yo, que me he pasao la noche en vela, corrí a darle la noticia... ¡Pero como si el otro hubiera sido un perro! Ni caso me hizo... ¡Se hartó'e ron otra vez y se volvió pal otro lao!

Hacía grandes gestos y la cólera estremecía sus carnes abundantes y flojas. Así, metida entre el agua, medio iluminada por la lámpara, su hinchadâ figura resultaba más extraña y grotesca. En el cuello, cayéndole sobre las anchas espaldas, se había cruzado una bufanda vieja y deshilachada; el ruedo de las anchas y sucias enaguas desaparecía en el agua y la delgada tela adheríase a sus carnes temblonas y se inflaba cada vez que la vieja se agachaba un poco, como ahora que se inclinaba otra vez sobre los tinamastes, gimiendo entre dientes:

—Esta vida no vale la pena... ¡es horrible! ¡Todo ésto es horrible!

—Sí, es muy dura, Monchita, muy dura —asintió el muchacho, sentándose.— Yo estoy pensando en dejar ésto, ¿sabe? Irme pa otra parte, trabajar en otra cosa...

—¿Y, pa qué? En todas partes es la misma vaina —dijo la mujer con amargura.— Yo he rodao mucho y en todos los trabajaderos he visto lo mismo y he vivido lo mismo...

Del cuarto del gringo llegaron unos gruñidos sordos.

—Se está pegando a la botella otra vez —aseguró la Moncha. Y con una mezcla de resignación y odio agregó: —Yo no sé por qué será, pero aquí sólo esos la pasan tranquilos... Por eso es que hay veces, como hora, que yo deseara un terremoto que acabara con todos, ¿entendés? Pero ¡con todos!



El muchacho escuchaba a la Moncha sorprendido; siempre la había visto sumisa, casi arrastrándose delante de Mr. Bruce. Ella, como si hubiese adivinado lo que él estaba pensando, se le acercó vacilante, para decirle en voz baja, echándole a la cara tufaradas de ron:

—¡Yo tengo aborrecio a ese viejo borracho! Me trata como a una perra; me hace trabajar como una mula, se acuesta conmigo cuando le da la gana... y me paga una cochinateda. ¿Que en una llena como ésta yo me paso ocho días metida entre el agua y que después tengo que llenarme las patas de **yuyos** chapaliando entre el barro podrido? ¿Y a él qué...? El va y viene del trabajo en su mula, con sus güenas botas, y en cuanto llega aquí se mete entre el cuarto y se emborracha, ¿entendés?

Y se alejó de nuevo, balanceándose, hacia el fogón.

—Tiene razón la Moncha, tiene razón —se repetía el muchacho, rumiando lo que la vieja acababa de decirle sobre Mr. Bruce. Y de Mr. Bruce su pensamiento, veloz, saltó hasta el viejo Croceri.

—Se me hace tarde, Monchita —dijo, poniéndose de pie.

—No te vas'esperar a que esté el café?

—No, no. Quiero estar de güelta muy temprano.

—Horita caliente un poco del que quedó de ayer —prometió la vieja, arrimando la llama de un fósforo al montón de astillas que ya había rociado con canfin.

Una llamarada crepitante se alzó del fogón inundando la cocina en resplandores rojizos.

—No, Monchita —insistió el muchacho, impaciente;— es que se me hace tarde. Prefiero un trago.

—Ah, güeno. Allí tenés uno —dijo ella, señalando la media botella que brillaba sobre la mesa.— Lo que pasa es que está arreglao con azúcar y tal vez así no te guste.

Y agregó luego, como para justificarse:

—Es que con estas mojazonas que le yelan a uno hasta los güesos no hay más remedio que echar mano de esas cochinadas, ¿verdá?

—El ron es güeno y no deja enfermarse —afirmó él, convencido.— Pero hay que tomarlo pelao.

La vieja, después de acomodar la lata del agua sobre los tinamastes, cogió el vaso y se dirigió al dormitorio del gringo. El la detuvo ya casi en la escalera, diciéndole:

—¿Sabe? Yo pensaba que mister Bruce me diera unas ocho candelas de dinamita, por si las que quedaron en el ahulao se han echao a perder con la lluvia; y que me diera también unos cuatro fulminantes y unas dos varas de mecha. Es que quiero arreglar aquellos tiros, pues les tengo miedo.

Y mientras esperaba aguzó el oído. En las ligeras ráfagas del viento helado llegaba, como un eco lejano, el retumbo del río.

Regresó la Moncha con el ron y el encargo del muchacho. Este, después de vaciar el vaso de un solo trago, amarró con la mecha los ocho cartuchos de dinamita, cogió la lámpara y el machete y se despidió de la mujer.

Cuando ya se alejaba de la cocina lo alcanzó la voz angustiada de la vieja, que no había podido contenerse más:

—¡Cartago!, ¿de veras no lo irán a mudar?

—Sí lo mudan, Monchita... ¡Claro! —contestó, compasivo, sin detenerse.

Y mientras el muchacho se internaba en la picada, la vieja habiéndose con desesperación el resto del licor que quedaba en la media botella y se dejó caer de bruces sobre la mesa, sollozando.

LLEGO a la línea del ferrocarril bañado en sudor, sofocado por la loca carrera, cubierto de barro. Estaba oscuro todavía. Garuaba. Con cierto angustioso recelo dirigióse a la orilla del río, y después de un ligero examen lanzó un suspiro de alivio.

El Reventazón, hinchado por una noche de constante y furioso llover, mugía entre las sombras, amenazante; el agitado nivel de sus aguas llegaba casi a la altura de la trocha del ferrocarril, contra la que se lanzaban, de cuando en cuando, rugientes masas de agua que amontonaban en la orilla ramazones y troncos cubiertos de espuma amarillenta. Y más allá, hacia el centro, donde ya no alcanzaba la incierta luz de la lámpara, se adivinaban, como sombras fantásticas, negras montañas de agua danzando en medio de un fragor espantoso y se entreveían los espumarajos fugaces del revuelto y tumultuoso torrente.

Soplaba una brisa húmeda y cortante. Arriba, la mole oscura y silenciosa del peñón. Y más arriba todavía, el cielo negro, sombrío.

Dejó el machete y la dinamita al abrigo de una piedra y comenzó a subir por las peñas. Al fin encontró el saco ahulado y comprobó con satisfacción que los cartuchos que aún quedaban no habían sido dañados por el agua. Un poco más allá encontró el mazo pequeño y el barreno corto que buscaba y los echó entre el saco. Mientras bajaba trabaja-

mente, casi arrastrándose entre el barro de las peñas, lanzó una mirada furtiva hacia la negra hendedura que se tragara al cholo; sintió el frío del miedo y por un instante pensó en soltar la lámpara y el saco para aligerar el descenso.

Descansó un momento al pie del peñón para calmar sus nervios, y, así que acomodó todo entre el saco, echóse éste al hombro y se dirigió corriendo hacia la curva del río.

El muchacho subió al muro y lo recorrió de punta a punta examinándolo todo a la luz de la lámpara.

Las hirvientes aguas se revolvían furiosas contra la muralla de concreto, estremeciéndola; el recodo se había transformado en un remolino inmenso y turbulento. Pero el muro, a pesar de que no contaba aún con el necesario relleno a su espalda que lo reforzara, manteníase firme ante la embestida del río. Sólo el tramo que chorrearan de último, ya de noche, habíase resentido un poco al desaparecer, arrancada por el asalto del agua, la formaleta que daba al río.

El viejo Croceri había tenido olfato.



No podía perder más tiempo. Buscó una pala y un momento después estaba batiendo con ella un poco de barro pegajoso. Listo el barro, sacó del ahulado el mazo y el barreno y bajó hasta el pie del muro; calculó que hacia el centro de éste el agua debía golpear con más fuerza y en ese sitio inspeccionó el concreto hasta encontrar la superficie de una piedra de regular tamaño. Gruñó de satisfacción mientras colocaba la lámpara en un lugar conveniente, y se dispuso a arrancar esa piedra.

Trabajaba con verdadera desesperación. Utilizando el barreno como cincel, hacía volar los pedazos de concreto a cada golpe del mazo, rompiendo el muro alrededor de la piedra, que se iba aflojando poco a poco. Diez minutos después lograba desprenderla del todo e inmediatamente dedicóse a ampliar el boquete que la piedra dejara en el muro. Cuando terminó el trabajo estaba bañado en sudor.

Corrió al saco y contó los cartuchos; disponía de diecisiete con los que le había regalado la Moncha: Alistó uno de ellos con el fulminante y media vara de mecha, llevó el saco hasta el pie del muro y volvió por una palada de barro. Diez cartuchos de dinamita, incluyendo el de la mecha, logró acomodar en la amplia cavidad que preparara y que luego acabó de rellenar con barro, y sobre ese barro colocó una tabla que apretó contra el muro con un pedazo de alfajía. Quitóse el sudor de la cara y examinó el cielo, desconfiado.

Negrura en todas direcciones. La lluvia parecía arreciar.

—Tengo tiempo —se dijo, tranquilizado. Y con el barreno y el mazo se dirigió al último tramo de la muralla.

Allí el muro conservaba todavía la formaleta de la última **chorreada**. Arrancó unas cuantas tablas y preparó otra cavidad, con mayor facilidad entonces, pues en ese tramo el concreto no había tenido tiempo de petrificarse bien. El resto de la dinamita quedó encerrado también en el corazón de la pared.

El muchacho estaba intranquilo, nervioso. Si la gruesa defensa resistía el empuje de la pólvora, todo sería descubierto, y él, o huía quién sabe a dónde o pasaba unos cuantos años en la cárcel. Pero si el muro era quebrantado, como él lo esperaba, y la furia del agua lo barría definitivamente...

—¡Ese viejo cabrón no se ganará la propina que le han ofrecido! —masculló el muchacho con satisfacción rencorosa.

Sin embargo, aún faltaba para completar la obra. Cogió la lámpara y fué a inspeccionar la plataforma en que se batía el concreto. Las aguas del río se habían desbordado sobre el playón, haciendo pedazos una parte de la plataforma; grandes lajones de concreto se alcanzaban a ver, detenidos entre las piedras, y el agua se arremolinaba contra un barril de cemento que servía ahora de presa en la orilla. Al bordé de lo que quedaba de la plataforma hacían equilibrio dos carretillos de hierro.

Eso precisamente esperaba el muchacho. Croceri, que obligara a la gente a trabajar de noche, no había tenido el cuidado de ordenar que se recogieran las herramientas y se retirara el material como lo acostumbraba hacer todos los días, al terminar la jornada. Si ese descuido ocasionaba pérdidas, sus jefes no se lo perdonarían.

En pocos minutos estuvo terminada la obra del río. Todo lo que

quedara a salvo, barriles de cemento, carretillos, baldes, palas y barras, todo eso fué arrojado al agua implacablemente. El muchacho jadeaba, sudoroso.

Era la ruina del viejo Croceri.



Se hacía tarde. El viejo posiblemente no había dormido preocupado por el furioso aguacero y los mugidos del río, y el muchacho tuvo miedo de verlo aparecer de un momento a otro, entre las sombras que ya comenzaban a clarearse. Alzó el tubo de la lámpara, encendió un puro, sopló la brasa con fuerza y apresuradamente se dirigió al último tramo de la muralla. En el momento mismo de dar fuego a la mecha acordóse de la cárcel, pensó en la huida y el puro tembló entre sus dedos. Pero las cartas ya estaban jugadas. Dos chorrillos de fuego quedaron prendidos al muro.

Recogió sus herramientas, echóse el saco auestas y se alejó a grandes zancadas, sobre la línea, poseído de una angustiosa agitación. Ya casi llegaba al peñón cuando le heló la sangre el doble estampido de la dinamita. El potente rugido de la pólvora apagó por un momento el mugir de las aguas y el eco resonó por los montes cercanos, provocando el bramido furioso de los congos.

Se detuvo conteniendo el aliento, temblando. ¿Qué pensaría el viejo Croceri de esas explosiones? ¿Se podrían confundir, ya de lejos, con el retumbo del trueno? Tal vez. Y pensó en devolverse a contemplar los resultados de su obra, a ver qué diablos había ocurrido con el muro, pero tuvo miedo; podían llegar de improviso y encontrarlo allí, a esas horas, en actitud sospechosa. El saco, con el barreno, el mazo y el resto de la mecha, lo denunciaría irremediamente.

Apagó la lámpara y echó a correr de nuevo. A tientas subió por las peñas hasta el sitio en que había estado trabajando el día anterior y allí se dejó caer, ocultándose entre una grieta. Entonces se dió cuenta de que estaba agotado, deshecho, adolorido; los zunchos de los barriles de cemento habíale desgarrado la piel de los brazos que ahora le ardía como

si se la estuvieran frotando con sal. Y, mientras se le enfriaba el sudor, el miedo, como un helado gusano, revolviasele allá muy adentro, en el pecho; un temblor nervioso comenzó a agitarle el cuerpo. Apretó los dientes y cerró los ojos, mientras inconscientemente acariciaba el puño del machete.

*
* *
*

Amanecía.

Espesos neblinajes descolgándose de los montes vecinos venían a mecerse, perezosos, sobre el río, convertido ahora, en la semiclaridad del opaco amanecer, en gigantesco torrente de espumoso chocolate. Lloviznaba aún.

El muchacho, serenado al fin, púsose en pie; instintivamente dirigió su mirada hacia la curva del río y el corazón dejó de latirle. Allá, entre las medias sombras de la neblina, blanqueaba, borroso, el curvo lomo del muro. Abrió aún más los ojos, entre espantado y rabioso, y se puso las manos de pantalla para mirar mejor. Y no había tal. Lo que se divisaba era la angosta trocha de la línea, coronada de espuma por las revueltas aguas del remolino.

El muro, quebrantado por la dinamita, había sido barrido por la furia del impetuoso torrente.

Frotóse las manos con rencorosa satisfacción. Croceri no se ganaría la propina que le habían ofrecido y por la que tanto hiciera sudar a la peonada, y posiblemente perdería el puesto también. Ya más tranquilo se dedicó a cambiar la mecha de los dos tiros que se malograrán el día anterior, para dar tiempo a que llegara el viejo. No quería perder ni un solo detalle de lo que iba a ocurrir entonces.

Mientras trabajaba, vigilaba atentamente la línea, en dirección a los lejanos carros-campamento que dormían ocultos por la niebla. De pronto vió un bulto negro moviéndose a lo lejos, sobre la línea. Era el viejo Croceri. Lo reconoció en el modo de moverse: renqueaba. Detrás aparecieron luego otros bultos, en grupo.

Ahora lo distinguía mejor. El viejo venía envuelto en un largo capote

negro, que casi le arrastraba; a pesar del reumatismo parecía correr, encorvado, con su eterna cachimba entre los dientes, renqueando de durmiente a durmiente. Los peones, detrás, caminaban despacio, posiblemente resentidos todavía por la larga y grosera jornada de la víspera. El viejo se detuvo casi al pie del peñón, de cara al río; luego se agachó un momento para comprobar, con los palos y hojarasca amontonados a la orilla de la trocha, la altura máxima que habían alcanzado las aguas en el apogeo de la creciente. Se enderezó casi de un salto, arrancóse la pipa de la boca de una nerviosa manotada —lo que sorprendió al muchacho que no le quitaba la vista de encima— y echó a correr de verdad hacia el lejano recodo, de tal manera que ya casi no renqueaba.

Los peones comenzaron a correr también.

El muchacho trepó veloz hasta la cima del peñón y a grandes saltos, tratando siempre de ocultarse a los ojos de los que corrían por el bajo, se acercó al recodo, bordeando la cumbre, hasta encontrar un lugar propicio que le sirviese de mirador. Allí se dejó caer, jadeando, sin apartar los ojos del bulto negro que en ese momento llegaba en su carrera a la curva de la trocha.

El italiano quedóse inmóvil frente al río; luego se movió hasta la orilla, allí donde había estado el muro —del que ahora alcanzaba el muchacho a ver un resto blancuzco, en el primer tramo— y comenzó a hacer extraños visajes, alzando los brazos al cielo, llevándoselos a la cabeza y volviéndolos a estirar una y otra vez, como un endemoniado.

Los peones formaban un grupo a cierta distancia del viejo, inmóviles.

—¡Están gozando, los condenaos! —pensó el muchacho, sonriendo.

El bulto negro corrió hacia el playón, a la plataforma de concreto, y el grupo lo siguió, manteniéndose alejado del viejo que parecía haberse hincado y dar cabezadas contra el suelo; se enderezó y acercóse al grupo gesticulando furiosamente. Los del grupo empezaron a gesticular también.

—Hum, les quiere echar la culpa de lo del cemento y los carretillos —gruñó el muchacho.

Por la línea, avanzando hacia la curva, se movía alguien, a caballo. El muchacho se volvió todo ojos: era el Jefe General de los trabajos. Los del bajo lo habían visto también, porque dejaron de gesticular. El Jefe

bajó, siempre á caballo, hasta el playón del río, y el viejo se le acercó haciendo visajes. Ahora los dos se agitaban manoteando al aire, como diablos.

La peonada se mantenía a la expectativa. El muchacho no perdía ni un detalle de la escena que, contemplada desde el alto, resultaba divertida. Sólo lamentaba no poder escuchar lo que decían:

—Seguro que se están gritando cuatro... Mañana busco al Benito, pa que me cuente —prometiése, frotándose las manos nerviosamente.

Dé pronto contuvo el aliento y sin darse cuenta avanzó medio cuerpo sobre el abismo, forzando la mirada.

El Jefe habíase tirado del caballo, y ahora el bulto negro estaba hecho un montón, casi entre el agua. De allí se enderezó para echar a correr hacia la línea, mientras el Jefe lo seguía haciendo grandes gestos, como empujándolo.

El caballo bebía agua mientras tanto, tranquilo, a la orilla del río. El grupo continuaba inmóvil; ninguno de los peones había hecho un gesto siquiera.

—¡Le pegó una patada! —exclamó el muchacho asombrado. Y agregó luego, con rencor: — Y está güeno que ninguno se metiera. Son un par de perros, ¡que se muerdan!

Y un momento después volvía a saltar de peña en peña, de regreso al sitio donde estaban los tiros cargados. Quería ver pasar al viejo Croceri.

*

El viejo estaba ya al pie del peñón. Avanzaba trabajosamente, arrastrando el capote, renqueando más que nunca y más encorvado que nunca también; no llevaba la cachimba.

El muchacho lo dejó alejarse un poco y le dió fuego a las dos mechas. Después corrió a ocultarse detrás de un picacho que lo resguardara de los efectos de las explosiones, pero desde donde podía seguir con la vista los movimientos del viejo. Cuando calculó que ya iba a rugir la dinamita lanzó el grito de alerta:

—¡Fueeegoo!

Croceri volvióse un instante, con gesto de horror, y haciendo luego un esfuerzo echó a correr, saltando entre los durmientes de la línea.

¡Boooooom!

Grandes pedazos de roca chispearon contra el acero de los rieles y rebotaron con furia muy cerca del viejo. Este se encorvó más, tropezó y se fué de bruces. Se levantó tambaleándose y de cara al peñón amenazó hacia la altura, con los puños cerrados.

¡Boooooom!

Otro diluvio de piedras roncó en el aire amenazando al vejete que, horrorizado, volvió a correr hacia los lejanos carros amarillos, cayendo y levantándose, agitando extrañamente la mancha negra de su largo y pesado capote.

Desde el frente, los congos bramaron, como burlándose de la derrota del viejo.

*
* *
*

Había dejado de garuar.

En el cielo se movían pesadamente los negros nubarrones, alejándose, y las cumbres de los montes se limpiaban de neblina y coloreábanse ya a los primeros rayos, tibios aún, del sol de la mañana.

En el bajo mugía el río, inmenso, imponente. *im*

Sus aguas achocolatadas, cubiertas de empumarajos amarillentos, se revolvían en olas gigantescas. Y de vez en cuando pasaban, como islas flotantes, negras palizadas que arrastraba la corriente, río abajo, a velocidad vertiginosa.

Y como retando al río y a los hombres emergía el alto peñón a la luz del nuevo día, grisáceo, chorreando barro, insensible a los zarpazos de la dinamita. Allá, entre una de sus profundas hendiduras, blanqueaba aún el sombrero del cholo Rosales.

—Tal vez llegue a tiempo pa mudalo —se dijo el muchacho. Y presuroso comenzó a resbalarse por las peñas, hacia el bajo.

f i n

San José, 21 de octubre del 41.